

# La sociología en la Europa del Sur

## Sociology in Southern Europe

ROBERTO CIPRIANI

Universidad de Roma 3

Presidente del Consejo de las Asociaciones Nacionales  
de la European Sociological Association  
rciprian@uniroma3.it

Si es cierto que la sociología nace en Francia en el siglo XIX —cuanto menos su nombre— con Auguste Comte, es también cierto que los sucesivos años, finales del ochocientos y principios del novecientos, fueron también determinantes para la afirmación de nuestra disciplina en el ámbito universitario, no obstante, las resistencias de algunas corrientes filosóficas e históricas antisociológicas y de algunas posiciones ideológicamente opuestas a todo lo que pudiera expresar un interés hacia lo social.

Hay que señalar también que el aporte de Francia no explica todo aquello que se generó después, claramente en Alemania, pero también y en modo difuso en el sur de Europa, en España, así como en Portugal, en Italia y en Suiza, por limitarnos a los territorios más o menos cercanos al hexágono ultramontano.

Existen trabajos de historia de la sociología que han delineado las dinámicas de los primeros estudios sociológicos extrafranceses, pero son solo contextualizaciones de carácter nacional. Valdría la pena en cambio promover un análisis más amplio a nivel europeo en general y sureuropeo en particular: un proyecto de investigación sobre el tema podría constituir la base para ulteriores iniciativas para consolidar el *network* puesto en marcha en el 2003 en Lisboa y luego formalizado en el 2007 como RESU, es decir, *Réseau des Associations de sociologie de l'Europe et des pays du Sud*, entre Portugal, España, Francia e Italia (con la sucesiva adhesión de Grecia) y ahora presidido por la francesa Dan Ferrand-Bechmann.

Quiero señalar que algo similar (*Nordisk Sosiologforbund-Nordic Sociological Association*) existe ya para los países del norte de Europa, es el caso de Dinamarca, Islandia, Finlandia, Suecia y Noruega, que tienen una secretaría, una revista (*Acta Sociológica*) y una presidencia en común y que rotativamente organizan su congreso en una de las naciones del consorcio. Obviamente, no se trata de contraponer, también en sociología, norte y sur, sino más bien encontrar sinergias que permitan operar sobre la base de una economía de escala en favor de todos los países involucrados.

Por el momento se podría discutir si limitar el *Réseau* existente a los grupos nacionales fundadores o, por el contrario, extender la red a otras naciones del Mediterráneo o incluso a otras.

En un escenario hipotético se podría imaginar una conexión entre países balcánicos, que de hecho se ha recientemente constituido en Tirana, gracias al notable empeño de Leke Sokoli, director del Instituto Albanés de Sociología. En noviembre pasado fue organizado en Tirana un congreso con 170 ponencias y 223 participantes. Tal conexión comprende, por el momento, algunas asociaciones nacionales balcánicas (Serbia, Bulgaria, Croacia, Macedonia, Eslovenia, Grecia, Turquía y Rumanía) pero la coparticipación se puede extender también a países del Danubio, es decir, Austria y Hungría. En perspectiva se trataría de un coordinamiento entre las asociaciones nacionales de sociología territorialmente más cercanas y puede representar un ulterior recurso ya que resulta más fácil organizar congresos en común, como ya ocurre en modo ejemplar entre Portugal y España, codividir proyectos de investigación para los cuales pedir financiamientos a través del *Framework Programme* (cuya octava edición está por partir, no sin alguna penalización a las ciencias sociales, que ha provocado protestas formales por parte de las asociaciones nacionales de sociología así como de estudiosos e investigadores), sea a través dell' *European Research Council* (de próximo vencimiento: 11 de abril de 2012 para propuestas innovadoras —llamadas *Advanced Grants*—, a favor de las cuales hay a disposición recursos más que significativos y en aumento, en contratendencia respecto a los recortes actualmente en curso en casi toda Europa, en las universidades y en las administraciones públicas y privadas, sea a través del *ISE (Initiative for Science in Europe)*, sea a través de *Science Europe* (una coordinación de asociaciones) que promueve el financiamiento de la investigación, sea, por último, a través de entes extraeuropeos, *in primis* la estadounidense *National Science Foundation* (pero en este caso es útil tener un socio estadounidense como sostén). Mientras tanto, en el horizonte de la Unión Europea se están por presentar nuevos e interesantes programas que destacan los objetivos de *Horizon 2020*, en realidad más centrados en las así llamadas ciencias *duras* y no tan orientadas hacia las *humanities*, pero se podría, de todos modos, hacer referencia al cambio demográfico, a los temas de la salud y del bienestar, entre otros, a partir de las distintas especializaciones sociológicas. En definitiva, si bien las ciencias sociales no se encuentran entre los objetivos prioritarios de *Horizon 2020*, no obstante, es posible encontrar alguna conexión temática, algún nexo interdisciplinario.

La relación entre las distintas sociologías nacionales pasa también a través de contactos, acuerdos, convenciones, cotutelas de tesis de doctorado y más aún de acuerdo a cuanto consienten las normativas vigentes. Mientras no se logren formalizar las relaciones entre asociaciones nacionales de sociología se puede empezar a nivel personal y/o a través de las sedes universitarias. Por ejemplo, se puede construir un hilo rojo conductor que vaya desde Lisboa hasta Madrid y Barcelona y luego a Milán y Trento. Obviamente un *link* privilegiado debería ser entablado con las sedes francesas, París en primer lugar y luego Tolosa (pero no solo).

Es indudable que continuarán subsistiendo las barreras lingüísticas, aunque la experiencia de estos últimos años nos muestra que hoy en día los sociólogos europeos, especialmente los más jóvenes, se mueven más allá de sus fronteras y hablan por lo menos otro idioma (principalmente el francés, además del inglés, que se ha transformado en un *must* en el ámbito de las

ciencias sociológicas, tanto que hasta en los congresos de lo que nació con una denominación francesa, es decir, el más antiguo en absoluto, el *Institut International de Sociologie*, fundado en 1893, se da el uso casi exclusivo del inglés).

Dos son las líneas lingüísticas más significativas a nivel de matriz original: la del grupo neolatino, que incluye Portugal y España, Francia e Italia, parte de Suiza y Rumania; y la de lengua eslava meridional que abarca Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Kosovo, Macedonia y Bulgaria. Por razones de vecindad geográfica, Albania puede agregarse a este último grupo, aunque su idioma no sea eslavo. Quedan un poco al margen Grecia y Turquía, no solo por las grandes diferencias lingüísticas sino también por razones históricas plurimilenarias. De todos modos en Chipre coexisten la lengua griega y la turca. Y Armenia, contigua a Turquía, podría recuperar una relación más intensa con Europa. Por último, no se debe descuidar toda la franja de países que existen sobre las otras orillas del Mediterráneo y que están acostumbrados en el uso del árabe: Marruecos, Túnez, Argelia, Egipto, Israel (donde también, como es sabido, rige el hebraico) y Líbano.

Naturalmente surge el problema de la autonomía de las formas asociativas transnacionales. Por lo pronto, la presencia de la *European Sociological Association*, que si bien nace con un enorme retraso respecto a su necesidad, ahora está en *good standing*, sea por las miles adhesiones a sus congresos, sea por la revista *European Societies*, sea por su bien actualizado sitio web, sea por la eficiencia de una secretaría organizativa en París, en la sede del IRESCO, ofrece la garantía de un lugar de convergencia de las distintas instancias que se promueven en Europa. Más adelante se podrá examinar en qué medida reconocer también formas asociativas más restringidas. En verdad, actualmente la ESA otorga legitimidad a adhesiones meta-nacionales y/o paranacionales. Un caso típico es la Asociación Vasca de Sociología.

Hay que hacer también las cuentas con el mercado sociológico en materia de publicaciones que hace específica referencia al idioma. También en el contexto europeo meridional prevalece el reenviar a textos en inglés, mientras tienen una difusión reducida los textos en francés y aún menor en español y portugués. Aunque revistas y libros de estas dos últimas se rehacen ampliamente con una expansión sobre la otra margen del océano, en América Central y Sudamérica (y la sociología portuguesa logra llegar también a la misma África: Angola y Mozambique).

En suma, si por un lado en Europa domina la sociología de lengua inglesa y, en menor medida, de lengua francesa, por otro lado, en cambio, los sociólogos portugueses y españoles pueden contar con una conspicua influencia en América Latina, donde resulta evidente la proveniencia de algunas sugerencias así como una capacidad autónoma de propuesta y realización.

No hay tampoco que olvidar la diáspora de estudiosos del área circunmediterránea hacia países en los que la sociología presenta un rol mayor, como en los Estados Unidos y Canadá. En general, los sociólogos europeos que emigran al exterior muy raramente vuelven a sus regiones de origen en cuanto verían, según ellos, poco rediticio el capital cultural, intelectual, social y científico en el cual han invertido durante los años de permanencia en el exterior. De todos modos, cuando alguno de ellos vuelve a su país la ventaja que aporta no deja de sentirse: entre otros se puede citar el caso del sociólogo de las dos orillas del Atlántico, Salvador Giner, de la Universidad de Barcelona.

Hay que señalar también algunas elecciones destacadas de coincidencias entre sociólogos del sur de Europa y otros colegas que operan en centros de excelencia: por ejemplo, sociólogos portugueses con Francia y españoles con los Estados Unidos o México o Argentina. Estos intercambios resultan beneficiosos en la medida en que se hacen duraderos, no extemporáneos, racionalizados en un marco estable de colaboración, legitimados por protocolos oficiales de acuerdos.

Un nuevo y particular horizonte de estudio e investigación se está creando alrededor de la dialéctica entre métodos cualitativos y cuantitativos. Desde este punto de vista, la experiencia metodológica y empírica de Europa meridional tiene poco que envidiarle a otros grupos sociológicos, europeos o no. Lo que falta es una confrontación constante de procedimientos y resultados. Deberían incrementarse los momentos de debate internacional sobre estos temas cruciales como también sobre otros (basta pensar, en el campo de la sociología económica, la actual contingencia de la crisis, que debería ser evaluada y estudiada en su configuración, que ciertamente no es solo de origen económica).

Tres perspectivas podrían constituirse en guías para una nueva programación: didáctica, investigación e internacionalización. Efectivamente es en base a estas tres perspectivas que se juega gran parte de la calidad de la actividad científica. Justamente por esto valdría la pena que sean objeto de iniciativas constantes, no extemporáneas, que logren sacar provecho de las *best practices* experimentales en distintos países y con distintos estudiosos.

Gran parte de nuestro trabajo en cuanto científicos de lo social no está adecuadamente utilizado por falta de canales de comunicación o de voluntad de comunicación. Si bien es cierto que hoy en día la comunicación vía Internet permite acelerar los tiempos y aprovechar al máximo los materiales en circulación, también hay que reconocer que solo el diálogo *face to face* entre *scholars* logra producir excelencias a favor propio y de los propios interlocutores, sean estos *stakeholders* o estudiantes de cursos universitarios.

El objetivo podría ser no necesariamente alcanzar una única cultura sociológica, tampoco imaginable, dadas las diferencias entre las naciones, las lenguas, las distintas modalidades de análisis y de tratamiento de datos, sino al menos algún punto firme en temas de ciencia y de sus resultados públicos, comunicables, en línea con una nueva sociabilidad (*Geselligkeit*) simmeliana, esta vez en beneficio de una proximidad schutziana (pero no solo entre provincias de significado sino también entre actores sociales de la ciencia) que permita recíprocos conocimientos, ricos y proficuos de nuevos y más eficaces espacios de investigación.

No hay duda alguna de que existen notables diferencias entre una asociación nacional y otra. Cada una tiene sus características peculiares: el número de adhesiones, las fórmulas de inscripción, las cuotas asociativas, la naturaleza de los socios (subdivididos o no entre estudiosos de la academia y operadores profesionales), la estratificación entre los miembros (individuales, colectivos, efectivos, afiliados, cooptados, correspondientes o más aún), la posibilidad de adhesión por parte de estructuras didácticas y/o de investigación, la ancianidad de fundación (más o menos reciente), el estatus legal (reconocido o de hecho), la presencia o no de una sede oficial así como de una estructura edilicia de la organización.

Distintas son también las finalidades declaradas: conexión intersubjetiva, coordinación entre entes, representación disciplinaria en un contexto estatal nacional, punto de referencia para las relaciones con el exterior, defensa de los intereses de la investigación (y de financiamiento

de las investigaciones), promoción de los estudios sociológicos en el país, sostén de la cooperación entre los miembros, respaldo de la enseñanza universitaria, acción sindical en defensa de los sociólogos universitarios y/o profesionales en servicio en el territorio, realización de congresos, encuentros y seminarios, tutela de los derechos y de los deberes de los sociólogos en el respeto de una deontología profesional codificada. Un código deontológico también es siempre necesario.

De por sí, este elenco de características hace pensar en toda una serie de posibilidades así como en los desafíos de que toda asociación de sociología está llamada a hacerse cargo. Por lo pronto, entre las tareas más relevantes no puede faltar el instituir y sostener relaciones constantes y crecientes con otras asociaciones afines y con las instituciones internacionales, a nivel continental y mundial. El estado de salud de un organismo social nacional se mide sobre todo en función de su capacidad de dialogar con otros sujetos individuales y/o agregados en actividades fuera de sus propios confines.

El rol de una asociación depende en buena medida de su historia. En algunos casos esta goza de un amplio prestigio, no solo por parte de los sociólogos del país. En otros casos son simples asociaciones como muchas otras. A veces ocurre que prevalece la dimensión académica o la socioprofesional: en ambos casos, de todos modos, se registra la tendencia a excluir en pleno la adhesión de la categoría minoritaria.

A menudo las asociaciones nacionales no prestan la debida atención al desarrollo de la disciplina desde la perspectiva de las dinámicas de sus graduados. Resulta difícil saber cuántos son, qué trabajo hacen, si han continuado sus estudios, si se sienten gratificados por la elección formativa realizada. Este es un punto débil no solo en un plano meramente cognoscitivo, sino también en lo relativo a la revisión de los programas de estudio. Y sobre todo denota un tendencial desinterés por el resultado de la propia actividad didáctica y de investigación. A esto se debe agregar la dificultad para promover iniciativas de nivel superior, más allá de lo oficialmente predispuesto por las universidades y entes de investigación: se evita enfrentar la tarea y el riesgo de comprometerse en propuestas de excelencia y de máximo alcance hacia docentes e investigadores. Por ejemplo la fórmula de las *summerschools* es preferencialmente una solución actuada por sectores de investigación más que por grupos nacionales. En todo caso, es a través de la cooperación internacional que se facilitan los intercambios entre jóvenes estudiosos.

En algunos contextos, además, las asociaciones activas son también más de una, como en Grecia, donde se registran dos fórmulas asociativas. En Italia al momento hay tres, pero tiempo atrás eran cuatro. En la Federación Española son trece.

Sería aconsejable, incluso por razones de oportunidad, no fragmentar demasiado el asociacionismo sociológico, justamente para lograr un mayor impacto con relación a las instituciones y en particular por lo que se refiere a clientes y/o financiadores de investigaciones empíricas. Como es sabido, la sociología y en general las ciencias sociales no tienen un propio y específico programa en el ámbito de los *Framework Programmes*. Efectivamente *Horizon 2020*, dotado de 80.000 millones de euros, no prevé una peculiar estrategia que pueda beneficiar a los sociólogos y a otros estudiosos de ciencias afines. Áreas como el cambio cultural, la educación, la demografía, la globalización, las políticas identitarias y aquellas que se ocupan de la cohesión social, las políticas sociales para superar la pobreza y la *governance*, no parecen

suscitar gran interés por parte de la Comisión Europea en lo que concierne a investigación e innovación.

Se habla mucho de infraestructuras, está por ejemplo ROARS (*Return On Academic Research* —regreso sobre la investigación académica—). De ROARS forma parte OpenAIRE (*Open Access Infrastructure for Research in Europe*), nacido en 2010 y donde trabajan 38 miembros sobre la disponibilidad de los datos, para organizar un repositorio, un depósito abierto de resultados, disponibles seis meses después de ultimada la investigación, gratis, sin pagar nada. Por ahora tenemos solo dos archivos.

De hecho después de una primera recolección de firmas de científicos europeos, que fue presentada el 10 de noviembre pasado a la Comisaria Europea, Geoghegan-Quinn, durante un encuentro realizado en Londres, no se ha obtenido ningún resultado, y esto a pesar del reconocimiento expresado por la misma Comisaria (<http://www.alllea.org/Content/ALLEA/SSH/Speech-Commissioner-09-11-11.pdf>).

Por lo tanto, las distintas asociaciones científicas de ciencias sociales y humanidades están llamadas a ejercer presión sobre el Parlamento Europeo y las autoridades políticas nacionales para que se cambie lo establecido por *Horizon 2020*. De no ser así se corre el riesgo de que los financiamientos a nuestro sector de investigación sean reducidos o totalmente eliminados. En el momento actual, el *budget* disponible está lejos de cuanto se había prometido.

La grave situación es evidente también para algunas organizaciones-paraguas, que recogen las adhesiones de varias asociaciones: por ejemplo, la *Inter-agency Task Group on SSH in Europe* (ALLEA-ALL European Academies: es una Federación Europea de Academias Nacionales de Ciencias y Humanidades; *ESF-European Science Foundation*, que tiene *Standing Committees for the Humanities and Social Sciences*; *ECHIC-European Consortium of Humanities Institutes and Centres*; *Net4Society-Network of SSH National Contact Points*; *SSH ERA-Nets*, en el cuadro de una Área Europea de la Investigación). Pero evidentemente ni siquiera estas demandas, representadas por el doctor Ruediger Klein, *Executive Director* de la *European Federation of National Academies of Sciences and Humanities* (ALLEA), son tenidas en su debida consideración. Una nueva carta abierta de protesta ha sido ya enviada, con muchas más firmas de la precedente (<http://www.eash.eu/openletter2011/>).

Existe una *Academia Europaea on Social Sciences and Humanities*, es una sociedad de científicos en Londres. Pero no parece muy activa.

Ahora hay también una nueva organización de 49 asociaciones europeas, llamada *Science Europe*. La primera directora, elegida el 9 de febrero pasado, es Amanda Crowfoot. Paul Boyle es el presidente. *Science Europe* tiene 6 comités científicos, en Bruselas.

También nacerá otra organización a fines de este mes en Bruselas: se llamará *European Alliance for the Social Sciences and Humanities*. Se presenta como fuerte y bien coordinada. Dicen que es mejor que *Initiative for Science in Europe*. Esta alianza tiene además una comunicación más directa con el Parlamento Europeo.

Todo este movimiento expresa la necesidad de una presencia particular y calificada de las ciencias sociales y humanas en Europa.

De alguna manera se trata de un problema que tiene que ver con la difícil relación de la sociología con las otras ciencias, también con aquellas meramente sociales (es el caso del

continuo conflicto con la historia, que —según el historiador francés Paul Veyne— estaría en grado de sustituir completamente a la sociología).

Estas idiosincrasias interdisciplinarias también impiden enfoques más eficaces, capaces de afirmar lo relevante del conocimiento científico aplicado a todo el campo del saber, sin más distinción entre ciencias *hard* y ciencias *soft*.

En definitiva, son las asociaciones de disciplinas específicas las que pueden y deben reivindicar la centralidad de la ciencia sociológica de la vida cotidiana en las sociedades contemporáneas. Pero para hacer esto es necesario un salto ulterior respecto a la situación dada: una internacionalización cada vez más marcada puede ser el inicio de una nueva fase de la sociología en nuestro sur europeo y en toda Europa y más allá también. Es necesario remontar la corriente, moverse en sentido contrario a la actual crisis. Pues entonces, al trabajo.

Encuentro de Madrid con los sociólogos portugueses  
Instituto Ortega y Gasset